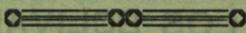


ORIGINAL

REVISTA BOLIVARIANA



DIRECTORES:

EDUARDO POSADA
LUIS AUGUSTO CUERVO

GERENTE:

DAVID SALGADO GÓMEZ

Volumen II || Bogotá, noviembre de 1928 || Número 16



BOLIVAR, por Geovanni Anderline

(1) O'Leary, Narración, VI, pag. 3.
(2) O'Leary, Narración, VI, pag. 117 y 118.
(3) Archivo Nacional, sección A, punto número 1, tomo 2, folio 1705. Media Anzola era el derecho que pagaba el noble al rey por el título o el feudo.
El derecho de lanzas era el servicio de dinero que pagaban al rey los grandes y títulos en lugar de los soldados con que debían contribuir y asistir en campaña.

MATEA BOLIVAR

Al señor Federico León.

Hija de esclavos, nació Matea Bolívar en 1765, en el hato de «El Totumo», que pertenecía en esa época a la familia Bolívar.

A la edad de nueve años fue enviada Matea, en calidad de criadita de mano, a la casa de D. Juan Vicente Bolívar, en donde fue muy bien recibida. Al lado de la señora Bolívar recibió buena educación. Aprendió con esmero el arte culinario y, es fama que los postres que hacía la esclava Matea, eran deliciosos. Además, sabía coser, bordar y aplanchar con perfección.

Si la bella y joven esposa de D. Juan Vicente Bolívar, tenía que asistir a algún baile, era siempre su esclava favorita quien la ayudaba en su tocado que siempre resultaba de exquisito gusto.

Cuando la señora de Bolívar comprendió que se acercaba para ella el día de su cuarto alumbramiento, designó a una esclava suya, llamada Hipólita, para que amamantara a la criatura, pues le era demasiado sabido, por haberle salido en la crianza de sus hijos anteriores, que ella era sumamente delicada, por lo cual no había podido amamantar a ninguno de ellos. Hipólita era muy joven y muy robusta y por eso fue que ella fue la escogida. Matea, desde luego, fue señalada como aya.

El 24 de julio de 1783, se efectuó el alumbramiento esperado, viniendo al mundo un niño, al cual se le puso por nombre Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Este niño, que era el señalado por la Providencia para que más tarde fuera nuestro Libertador, fue amamantado, en sus primeros días, por la señora Inés de Mijares, amiga íntima de la familia Bolívar. A los ocho días de nacido el niño, pasó a manos de Hipólita y de Matea, la cual contaba para aquel entonces diez y ocho años y estaba encantada en ver que el pequeño le daba señales de preferencia desde los comienzos de su vida. Matea, llegó a ser la inseparable compañera del niño Simón Bolívar, de quien no se separaba ni para comer, ni para dormir, llegando así el niño Bolívar a los cinco años. El 19 de enero de 1786, murió el coronel D. Juan Vicente Bolívar, quedando los niños bajo la postetad de su madre; no obstante, la Audiencia de Santo Domingo nombró un tutor al niño Simón, recayendo el cargo en el talentoso abogado de Caracas, doctor José Miguel Sanz, pero no por estos sucesos lo abandonó la fiel Matea, que lo siguió a todas partes como sigue el perro a su amo.

Antes de cumplirse tres años de la tutoría, el doctor Sanz llevó al niño a la casa de su madre, en donde trataba con un respeto profundo a su hermana mayor, doña María Antonia Bolívar. La majadería de su edad sólo encontraba apoyo, en la indulgencia sin límites de su madre, que lo adoraba, y en el encubrimiento de la fiel Matea, que siempre hallaba cómo ocultarlas o cómo justificarlas.

Después de la muerte de la señora de Bolívar, acaecida en el año de 1791, el padre de ésta, D. Feliciano Palacios, continuó como tutor del niño Simón, y después de la muerte de D. Feliciano, fueron nombrados tutores, alternativamente, sus tíos Esteban y Carlos Palacios, hasta que aun muy joven Bolívar, se emancipó de todo pupilaje y partió para Europa en el año de 1799, contrayendo matrimonio en el año de 1801, en España, con la señorita María Teresa Toro y Alaiza. Cuando Matea supo que su amo se había casado y volvía a Caracas, suplicó a su ama, doña María Antonia Bolívar, ya esposa de D. Pablo de Clemente, que le permitiera el que fuera ella la criada de mano, la que sirviera en aquel joven matrimonio, consintiendo en ello doña María Antonia. Llegaron por fin los jóvenes esposos, y Matea creyó morir de alegría al ver de nuevo a su amo; al contemplarlo casado con una linda joven, a la cual iba a servir con todo el cariño de su alma.

El 22 de enero de 1803, diez meses después de su arribo a Caracas, murió la esposa de Bolívar, víctima de la fiebre amarilla, asistida de cerca por la fiel Matea.

Cando el 26 de marzo de 1812, sucedió el terrible terremoto que arruinó a Caracas y sepultó entre escombros muchos millares de víctimas, la casa de Bolívar, situada entonces en la esquina de «Las Gradillas», en donde está hoy el establecimiento titulado «La Unión», no sufrió nada. Al ruido que produjo al caer un cuadro de la Magdalena, corrió Bolívar en auxilio de su familia, trasladándose en seguida con ella a la casa que poseía en la «Cuadra Bolívar». Allí le fue útil a una infinidad de desgraciados, valiéndose casi siempre de Matea que era el amparo de todos cuantos ocurrían a aquella casa.

Para 1814, la familia Bolívar era muy perseguida y, por esta causa, se trasladó Matea a la casa del Ingenio de San Mateo, en donde fue testigo ocular de la gloriosa acción con que el capitán Antonio Ricaurte salvó a la patria, consumando uno de los hechos más heroicos que nos cuenta la Historia y aun la fábula misma. Matea vió cuando el joven capitán bajó a la cocina a pedirle un tizón a Petrona, la esposa de Ventura Malavé, mayordomo de la hacienda, y oyó cuando les ordenó que desocuparan la Casa Fuerte a la brevedad posible.

Cuando en ese mismo año, huyendo de Boves emigró doña María Antonia Bolívar de Clemente con su familia, se llevó consigo a su fiel Matea. Llegaron a Curazao, y de allí se dirigieron a La Habana, en donde fueron reducidos a prisión por ser familia del Libertador. En seguida fueron llevados al Castillo de la Cabaña y aunque le hicieron saber a Matea que ella era libre y podía quedarse en La Habana, rehusó la libertad que se le ofrecía y siguió a su ama trabajando para sostenerla.

Más tarde, en el año de 1820, Morillo, después de haberle dejado el mando a La Torre, pasó por La Habana, en donde encontró la familia del Libertador que gozaba ya de completa libertad. Entonces ideó mandar a uno de sus edecanes para que

sorprendiera a Matea sobre interioridades de la familia Bolívar, para lo cual envió un vestido de rico holán batista bordado para la señora Bolívar de Clemente y una onza para Matea. En cuanto recibió ésta la encomienda, se enfureció, y haciendo pedazos el vestido, lanzó al rostro del edecán la onza, diciéndole: «la hermana de mi amo Simón no recibe regalos y lo que soy yo, no necesito dinero de nadie.

Vuelta la familia Bolívar a Venezuela, era Matea quien preparaba, con solícito cuidado, las comidas cada vez que el Libertador venía a Caracas, pues nadie mejor que ella sabía los manjares que más agradaban a su amo. En cambio, Bolívar tenía por Matea un cariño nunca desmentido y le guardaba muchas consideraciones.

Cuando se supo en Caracas la muerte del Libertador, acaecida en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830, Matea compartió con la familia del héroe muerto la inmensa pena que los agobiaba.

Después de la muerte de la señora Bolívar de Clemente, que tuvo efecto el 7 de octubre de 1842. Matea quedó en la casa de la señora Valentina Clemente de Camacho, hija de doña María Antonia Bolívar de Clemente y sobrina del Libertador.

En el año de 1842 trajeron a Caracas los restos del Libertador, y Matea asistió a todos los actos que tuvieron lugar en aquel trascendental acontecimiento.

Matea vió nacer, crecer y morir, a casi toda la descendencia de Bolívar. Como últimamente vivía en la casa de mi abuela, la señora Valentina Clemente de Camacho, en donde a la vez vivíamos mi madre, mis tías, mis hermanos y yo, era ante ella que nos enviaba, mi madre, como castigo, cada vez que cometíamos alguna travesura Matea, cuando nosotros la conocíamos, era una viejecita pequeña, delgada, de cabellos lanudos completamente blancos, de ojos pequeños muy vivos y pícaros, que casi se habían vuelto azules a consecuencia de los años. Tenía la boca grande y los labios gruesos, los pies y las manos pequeños; vestía con traje de talle alto y mangas abombadas; usaba tres pañuelos: uno en la cabeza, otro sobre los hombros y el tercero haciendo de delantal, atado a la cintura. Se apoyaba en un bastón en forma de callado que ella llamaba su *macana* y con el cual nos sujetaba cuando veía que nos queríamos escapar de su cuarto.

Matea estaba autorizada por mi abuela y por mi madre para reprendernos, y más de una vez nos azotó con una correa que guardaba debajo del colchón de su cama y que ella llamaba la *pelleja*. Como aquella reliquia de la casa del Libertador, tenía una facilidad extraordinaria para narrar hechos históricos, y como además sabía una multitud de cuentos bellísimos, mi madre nos mandaba todas las noches, a mis hermanos y a mí, a su cuarto para que ella nos contara algún hecho histórico de la Independencia, o para que nos refiriera algún cuento con lo cual nos tenía entretenidos. Como para esta época ya Matea chocheaba, nos solía decir, que si no le pagaban un centavo por cabeza, no contaría nada. El hecho es que casi siempre nos quitaba medio real, con el cual

compraba tres centavos de tabacos y dos velas de sebo, que encendía para las ánimas. Recuerdo que en una ocasión mi abuela le dijo: «¿qué necesidad tienes tú de comprar tabacos y velas, cuando aquí todo te sobra?» y la viejecita le contestó: «Sí es verdad, niña Valentina, que aquí todo me sobra, pero yo deseo ponerle todas las noches estas velas a las ánimas para que les alumbre el entendimiento a estos muchachos que son muy brutos». Los brutos, como fácil se entiende, éramos mis hermanos y yo. Si lo que ella nos narraba era triste, estábamos en el deber de llorar, y si se trataba de algo alegre, nos era forzoso reír; como en más de una ocasión, nosotros hacíamos lo contrario de lo que ella esperaba, se enfurecía, colmándonos de insultos y llegando hasta golpearnos alguna vez. Casi siempre nos amenazaba, cuando le hacíamos alguna travesura, con las siguientes palabras: «estéanse quietos, que en cuanto se me curen estos dolores que tengo en las piernas, van ustedes a saber lo que es bueno». La infeliz no sospechaba que aquellos dolores eran el efecto de su muy avanzada edad! Al día siguiente hacíamos las paces con Matea, con sólo pedirle perdón y regalarle unos tabacos de los llamados *girones*.

Matea tenía la extraña manía de no cortarse ni permitir que le cortaran las uñas de los pies, las cuales le llegaron a crecer tanto que más que uñas de un sér humano parecían enormes garras de algún animal antidiluviano. Para poder ponerle calzado, en los días del Centenario del Libertador, mi abuelo hizo llamar a dos estudiantes y éstos, aunque con mucho trabajo, y empleando dos días en catequizarla y en remojarle las uñas, lograron cortárselas. Como durante este trabajo aquellos estudiantes solían reírse, Matea los tupía a injurias y a insolencias callejeras. Esto dio motivo a que uno de aquellos estudiantes le hiciera esta pregunta: Señora Matea, ¿cómo es posible que una persona tan decente como usted, diga semejantes palabras?, ¿quién se las enseñó? A lo que contestó ella muy satisfecha: «Éso y mucho más lo aprendí a fuerza de oírsele a los soldados de Boves, cuando la batalla de San Mateo, y cuando tomaron a Caracas».

Las palabras favoritas de Matea eran: *mochuelo*, *blanco de orilla*, *patas amarillas* y *guanajo*, que las empleaba siempre en contra de las personas que no eran de su agrado.

Cuando algún caballero venía de visita a nuestra casa, Matea lo confundía siempre con alguno de los personajes de la Independencia, así es que no lo anunciaba sino con el nombre de Montilla, o Sucre o cualquier otro general de tan alta talla.

Cuando hablaba en familia solía decirle a alguna de nosotras: «niña, ¿tú no te acuerdas de aquel joven del año de 13 que vino a visitar a mi ama María Antonia?».

Al aproximarse el 24 de julio de 1883, mi abuela mandó hacer para Matea varios vestidos, y cada vez que le probaban uno de éstos, exclamaba ella: «ésto es para ir a la fiesta de mi amo Simón!» En las fiestas del centenario fue retratada Matea por el

señor Alberto Urdaneta, comisionado por Colombia para que la representara en dichas festividades, al mismo tiempo que tomó de sus informes numerosos apuntes de hechos que tuvieron efecto en la guerra de la Independencia. Durante los ocho días que duró la celebración del centenario, estuvo nuestra casa constantemente visitada por todos cuantos vinieron de ambos Continentes, con tal motivo, a Caracas. Todos estos viajeros se complacían en extremo de estrechar la mano de aquella afortunada mujer que había tenido la gloria de servir de aya al Libertador de cinco repúblicas.

El mismo día 24 de julio de 1883, a las 2 p. m., envió el general Guzmán Blanco, presidente de la república, un landeaux de lujo a nuestra casa, custodiado por cuatro edecanes y un piquete de caballería, para conducir a Matea al Panteón Nacional, en donde debía colocar, como en efecto colocó, sobre el monumento del Libertador, una corona de inmortales puesta a disposición de Matea, con tal fin, por un comisionado del mismo general Guzmán. Este acto fue en extremo conmovedor, pues la cansada viejecita tuvo que ser sostenida, en aquellos momentos, por dos de los edecanes, que no vacilaron en ofrecerle el brazo al ver que flaqueaba la infeliz. El 25, a la misma hora y con las mismas formalidades fue llevada Matea al Palacio de la Exposición para que el pueblo la conociera y, como la multitud se precipitara hacia el lugar en donde ella estaba, hubo de formarse en cuadro la guardia de honor para protegerla, quedando Matea en el centro custodiada cerca por los cuatro edecanes de Guzmán.

Pocos meses después de estos sucesos empezó a decaer notablemente la salud de Matea, quien, al fin, entregó su alma al Creador, el día 29 de marzo de 1886, a los *ciento veinte y un años* cumplidos de edad. Sus últimas palabras fueron: «Me voy a donde está el niño Simón», en tanto que, durante su corta agonía, no apartó un solo momento la vista del retrato de Bolívar que tenía en su habitación.

Sus exequias fueron celebradas con gran pompa, por orden del presidente de la república, que lo era para entonces el general Joaquín Crespo. Hoy reposan los restos mortales de Matea en terreno propio, en el cementerio del Sur, por espontánea y patriótica resolución del Ilustre Concejo Municipal de Caracas fecha 22 de marzo de 1900.

Tal fue la vida de Matea y tales los honores que se le tributaron en vida y después de muerta. Con estos apuntes amplio en lo posible los que no hace mucho dí al señor Redactor de *La Linterna Mágica*, cuando publicó la copia del retrato de Matea hecho por el señor Urdaneta.

Matea fue relativamente feliz, y yo tengo la dicha de haberle cerrado los ojos a la envidiable Matea.

Caracas, junio 1928.

**Antonia Esteller Camacho
Clemente y Bolívar.**